

vez de manifiesto el significado concreto de la libertad y de la democracia. Sólo desde la perspectiva de los derechos del hombre, estas nociones se cargan de sentido: hacerlos realidad, paso a paso y uno a uno, es lo que realmente ha de entenderse por democratización o desarrollo hacia el socialismo. Lo que une a los disidentes del Este y del Oeste es el común afán de realizar los derechos del hombre. Ambos sistemas muestran a este respecto deficiencias intolerables, y poco tienen que reprocharse mutuamente, aunque cada uno se legitime señalando los defectos del contrario. Ayudarnos a comprender mejor las similitudes de ambos sistemas, sus interconexiones, paralelismos, simetrías e intereses comunes, fue el aporte principal de los disidentes soviéticos.

De los occidentales fue André Glucksmann, a mi parecer, el que mejor percibió el contenido revolucionario e innovador de la lucha por la realización de los derechos del hombre, insistiendo sobre todo en las modificaciones sustanciales de las formas de lucha, que conlleva la aceptación de esta meta: no cabe combatir por los derechos humanos, aplicando métodos incompatibles con estos derechos. Presentó una ponencia sobre la "estrategia de los derechos humanos" que, a pesar de sus evidentes insuficiencias —hacia abstracción de cualquier análisis socioeconómico, lo que se tradujo en una confianza mágica en el "pueblo"— suponía con todo el intento más serio de pensar de nuevo —y con categorías nuevas— la situación de un mundo que ha perdido la fe en la Historia, al revelarse el marxismo —la última filosofía influyente de la Historia— como una forma más del racionalismo estatista que puso en marcha la revolución burguesa. Los disidentes nos han enseñado —comentaba Glucksmann— a pensar de otra forma, y la novedad radica en sobrepasar el marxismo sin caer en un antimarxismo. En todo caso, después de la experiencia leninista una cosa tiene que resultar clara: no se acaba con el poder del Estado, reproduciendo revolucionariamente las formas de organización del Estado; no se elimina el terror de una minoría en el poder, organizando el contraterro de otra minoría. La sombra de Bakunin estuvo presente cuatro días en el Ala Napoleónica de la plaza de San Marcos, sin que ni una vez, si bien recuerdo, sonase su nombre. ■

IGNACIO SOTELO

EL GULAG Y LA REVOLUCION

FERNANDO SAVATER

ANTE libros como este de André Glucksmann, recién publicado en castellano (1), las repulsas bienpensantes suelen ser de dos tipos: la de quienes dicen que "nada de lo que aquí se cuenta es nuevo y todo muy sabido desde, por lo menos, los tiempos de Socialismo y barbarie, y la de los que afirman con indignación que "hay otros Gulags más cercanos que denunciar, y hablar de Kolyma puede ser un medio sutil de ocultarlos". Naturalmente que también hay otro tipo de repulsa, la de quienes niegan sencillamente la existencia de los campos de concentración, pero ésta es fruto de uno de los dos obnubiladores más privilegiados, la fe o el soborno: ambos tienen como efecto hacer visible lo invisible y ocultar en la niebla lo patente. Volvamos a las dos repulsas apuntadas en primer lugar: ninguna de las dos se ha molestado en enterarse de lo que el libro de Glucksmann dice y distribuyen su parcial acuerdo y su discipulencia frente a una obra imaginaria, un libro situado ante el punto ciego de su sensibilidad política. Por ejemplo, "La cocinera y el devorador de hombres" no es un libro escrito para denunciar la existencia de campos de concentración en Rusia; lo que daría la razón a la primera de las dos repulsas apuntadas; tampoco es un libro destinado a mostrar cierto tipo de horrores de este perro mundo, a saber, los que ocurren en la Unión Soviética y no otros, lo que vendría a confirmar la crítica de los segundos: no, este libro habla de los campos de concentración, pero en estricta y lógica relación con el Estado y el marxismo, tal como se explicita netamente en su subtítulo. Son cosas, apuntadas y esbozadas quizá, pero que no pudimos leer en "Socialismo y barbarie": hoy el mismo título redentorista de aquella publicación se ha hecho sospechoso. Ha sido preciso que la oleada de los disidentes haya llegado a Europa Occidental, a Francia sobre todo, para que se hayan comenzado a pensar radicalmente estas cuestiones. No, el Gulag no es un problema lejano, como no es lejano Chile —¿por qué no se denuncian los actos de solidaridad con los masacrados en Chile o Argentina como formas de evasión ante problemas más cercanos?—, sino el corazón mismo de cualquier

meditación no meramente repetitiva sobre la condición del poder en la actualidad.

La escandalosa verdad que se abre paso dice así: los campos de concentración no son un accidente en el camino abierto por el "Manifiesto Comunista", sino una consecuencia. Ahora bien, lo importante es encontrar —conquistar, inventar— un lugar desde el que pueda ser formulada esa verdad. No basta con constatar imbécilmente: "ya os dijimos que el comunismo era malo, lleva a las alambradas y al tiro en la nuca". El capitalismo también lleva a campos de concentración —aunque los desplace a las colonias o a los ghettos— y todos los días maneja con o sin sanción jurídica conveniente la ejecución capital. Aún más: el capitalismo se convierte con sospechosa facilidad en socialismo, en comunismo, en lo que haga falta, y esa tendencia a la reconversión ideológica de los poderosos no ha hecho más que empezar... Es preciso, con toda urgencia y no sólo con urgencia teórica, abrir ese espacio desde el que poder formular lícitamente, sin complicidad con el terror o la explotación, la proposición arriba transcrita. Un estudio minucioso de la vinculación entre marxismo y terror, un estudio del tipo de explotación política y económica que se lee al trasluz en el proyecto mismo marxista, aun antes de verlo cumplido en determinados estados, tiene que ayudar decisivamente a crear ese espacio desde el que comenzar a pensar de nuevo lo social. Porque el marxismo no sólo ha sido una lúcida crítica del poder reinante, sino también una estrategia de conquista del poder desde las exigencias de lo social: ahora bien, ¿no es precisamente en esa pretensión de aliar lo social al poder o de extraer el poder de lo social donde nace el terror? ¿No se convierte de esa hecha lo social en una hipótesis abstracta, inhumana, en una instancia autoritaria? ¿No pierde así su verdadera función subversiva de oposición o resistencia al poder? Acerca de este punto, es aconsejable el lúcido análisis de Lezek Kolakowski sobre la identificación marxista de la sociedad civil con la sociedad política (2). Por su parte, Glucksmann echa mano de la distinción entre pueblo y plebe, formando el primero la gente vista desde el planteamiento cívico-político organiza-

do por el Estado y la segunda el permanente ingobernable de los inadaptados, los que nunca están con quien manda, los que no piensan que el camino más idóneo para acabar con el poder sea conquistarlo. En estos plebeyos, cuya definición es puramente negativa frente a los participantes y administradores del poder, sitúa Glucksmann el germen de la esperanza revolucionaria, la promesa de una revolución contra el poder pero no en el poder.

El estilo de este libro es sarcástico, divagatorio a veces, penetrante casi siempre. Quizá lo mejor de él sean los textos citados de los disidentes soviéticos: presentados normalmente como gente extravagante y absurda, aun por los que admitían la crueldad que se les había hecho, estos exiliados se han revelado de una riqueza sociológica y de una agudeza antropolítica sencillamente admirables. Todo el "realismo socialista" queda rescatado de la inanidad por su único representante auténtico, Soljenichin; y Bukovsky, Martchenko o Amarlik no sólo profundizan en todos los matices de la violencia estatal y del internamiento forzoso que la expresa, sino que reinauguran el verdadero análisis no académico de la sociedad autoritaria. Porque es hacia ese autoritarismo creciente —¿fascismo incipiente?— de los Estados europeos a lo que esta meditación sobre el Gulag remite, a la vinculación cómplice del poder y su alternativa, a una estructura estatal de violencia más fuerte y honda que la denominación económica que se da a la explotación de los más por los menos. Los campos de concentración no son un proyecto diabólico de unos cuantos monstruos so capa de tal o cual ideología, sino la conclusión de un silogismo cuyas premisas están constituidas por la idea de "lo social como un todo" y de ese todo como Estado, es decir, como capital de poder. Pero se preguntará angustiada algún conciliador, ¿no se podía haber llegado a estos planteamientos críticos desde el marxismo mismo? Creo que no y es el propio Sartre quien dice por qué, en un lúcido párrafo citado en esta obra que comento: "En el interior del movimiento del pensamiento marxista descubrimos un fallo en la medida en que, a pesar suyo, el marxismo tiende a eliminar al que pregunta de su investigación y a convertir al preguntado en objeto de un saber absoluto". ■

(1) "La cocinera y el devorador de hombres", de A. Glucksmann, ed. Mandrágora, 1977.

(2) "El mito de la autoidentidad humana", Cuad. Teorema, 1976.